

*Consideraciones etnohistóricas acerca
de una tumba
de pozo y cámara de Ingapirca (Ecuador)*

ANTONIO FRESCO y WANIA COBO

En la parte alta del Valle del Cañar (Provincia del Cañar, Ecuador), a unos 3.200 m. sobre el nivel del mar, se hallan las ruinas prehispánicas más conocidas del Ecuador. Se trata de una imponente construcción oval («El Castillo de Ingapirca») de piedra finamente tallada, enclavada en lo alto de un promontorio rocoso que mira hacia la desembocadura del valle, y en dirección a la costa del Pacífico.

Esta edificación atrajo el interés de viajeros y eruditos locales desde mediados del siglo XVIII¹; aunque, hasta la segunda mitad de este siglo, esta curiosidad científica no se tradujo en un estudio sistemático de esta importante reliquia cultural ni, más penoso aún, se realizó ningún esfuerzo válido hasta entonces para protegerla de su continua destrucción.

Por los años sesenta de este siglo, un grupo de estudiosos ecuatorianos, animados por el entusiasmo del arquitecto Hernán Crespo Toral y el arqueólogo Olaf Holm, deciden crear la Comisión del Castillo de Ingapirca. Esta entidad, financiada por el Banco Central del Ecuador, encarga a varios especialistas ecuatorianos y extranjeros (Gordon J. Hadden en 1968, Juan Cueva en 1970, y otros) la limpieza y exploración científica inicial del yacimiento. Estas labores, además de proteger los edificios ya conocidos, sacan a la luz una serie de otros nuevos que revelan la gran amplitud del sitio arqueológico (Alcina, 1975: 49).

¹ El padre Juan de VELASCO (siglo XVIII), LA CONDAMINE (1739), Jorge Juan y Antonio de ULLOA (1748), HUMBOLDT (1803), Francisco J. de CALDAS (1849), F. GONZÁLEZ SUÁREZ (1878), T. WOLF (1880), R. VERNAU y Paul RIVET (1889-1906) (Alcina, 1975: 49).

A partir de entonces se impone la necesidad de realizar un estudio a gran escala del lugar. Esta labor fue encargada a la Misión Arqueológica Española, la cual, dirigida por el doctor Alcina Franch, realizó dos campañas de excavación en años consecutivos (1974 y 1975). Durante este período, además de completar la consolidación de «El Castillo», se ponen a la luz dos complejos arquitectónicos de grandes dimensiones (denominados «La Condamine» y «Pilaloma»), además de recogerse una considerable cantidad de restos arqueológicos y realizarse la exhumación de treinta y dos enterramientos prehispánicos.

En contra de la impresión inicial, que tendía a resaltar las características fundamentalmente incaicas del yacimiento, a causa del indudable estilo arquitectónico cuzqueño de «El Castillo» y algunas construcciones aledañas, los restos culturales excavados en los sectores de «Pilaloma» y «La Condamine» ponen de relieve un predominio absoluto en el lugar de la cultura «cañari». Esta, caracterizada especialmente por el estilo cerámico denominado «Cashaloma» (Trésors de L'Equateur, 1974), corresponde a la población indígena existente en la región (Provincias actuales de Cañar y Azuay) con anterioridad a la conquista incaica (desde una fecha originaria aún imprecisa), y que perduró bajo la dominación del Estado Cuzqueño; aunque los restos estudiados no demuestran aparentemente ninguna contaminación cultural incaica. Esto último parece confirmado por las fechas radiocarbónicas asociadas a los edificios de «Pilaloma» y «La Condamine», que se agrupan en un período de tiempo comprendido entre el año 1000 y 1400 d. C.² y que son por tanto en su conjunto anteriores a dicha dominación.

El motivo de este trabajo es la interpretación, con la ayuda de materiales etnohistóricos, del significado original de una importante tumba colectiva localizada en el centro del patio interior del conjunto habitacional de «Pilaloma», junto a un gran bloque de piedra con aspecto de «menhir» o «estela». Este enterramiento pertenece claramente a la cultura «cañari», y su datación se enmarcaría dentro de las fechas dadas anteriormente y con cierta probabilidad hacia el inicio de dicho período. (Fig. 1).

DESCRIPCIÓN DE LA TUMBA I DE PILALOMA, INGAPIRCA

Profundidad: Entre 0,60 y 2,30 m., desde la capa superior de cantos rodados hasta el fondo del pozo.

² Estas fechas proceden de muestras de carbón vegetal procesadas por el Laboratorio de Geocronología del Instituto «Rocasolano» (CSIC) de Madrid en 1967 (Referencias: CSIC-319, CSIC-322, CSIC-323, CSIC-334, CSIC-335, CSIC-336, CSIC-337, CSIC-338 y CSIC-339).

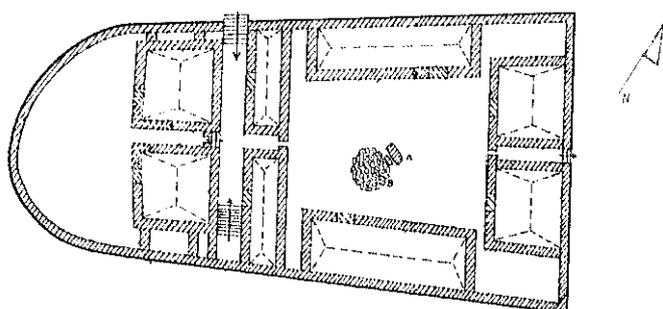


FIGURA 1.—Pilaloma: A, «huanca» y misa de ofrendas; B, Tumba I.

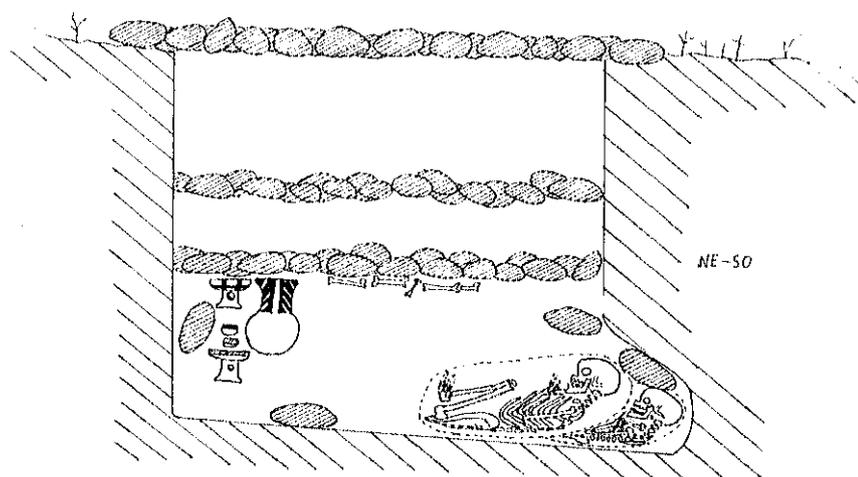


FIGURA 2.—Tumba I. Corte vertical.

Estructura de la tumba: pozo de sección aproximadamente oval, cubierto por una capa de grandes cantos rodados (25 cm. de longitud media), de forma similar pero de dimensiones algo mayores (3,60 m. de diámetro mayor y 2,50 m. de diámetro menor). El relleno del pozo se compone de tierra y cantos rodados, semejantes a los de la superficie, que se encontraron tanto aislados (algunos pegados a las paredes del pozo sobre todo cerca del fondo), como formando dos capas

casi continuas (a unos 0,65 m. y 1 m. aproximadamente de profundidad respectivamente)³.

El fondo del pozo presenta una superficie inclinada con su nivel más alto al noroeste (1,70 m. aproximadamente)³ y el más bajo al suroeste (1,80-1,85 m. más o menos)³. Esta parte más profunda corresponde a un nicho excavado en la pared del pozo, que sirvió para contener, en parte, los restos humanos inhumados (11 personas). (Fig. 2).

En medio del relleno del pozo, por debajo de la segunda capa de piedras, aparecen gran cantidad de huesos largos (probablemente pertenecientes a animales de tamaño mediano: venados o llamas) y vasijas de cerámica fragmentadas. La mayor parte de los huesos se hallaban aplastados por las piedras de esta capa; mientras que la cerámica se encontraba generalmente comprimida contra las paredes del pozo, las vasijas menores normalmente dentro de las mayores, en niveles más bajos.

Disposición de los cadáveres: Los once individuos que componían el grupo inhumado en esta tumba se hallaban al parecer plegados en posición fetal y envueltos en sus respectivos fardos funerarios (Alcina, 1975: 51). Aparentemente estaban colocados uno junto a otro sobre su lado izquierdo, y dispuestos en un semicírculo, con los pies hacia el centro del pozo y la cabeza hacia la pared, con la mitad superior del cuerpo dentro del nicho⁴.

El cadáver del medio (no el principal) se hallaría dispuesto sobre un eje noreste-suroeste, con la cabeza hacia esta última dirección, en el centro del nicho. El personaje principal parece ser, por la cantidad y calidad de sus adornos, el cadáver núm. 1, que tendría dos acompañantes a su izquierda y ocho a su derecha, varios de los cuerpos, ¿o todos?, tenían las manos colocadas en la boca (lo cual parece ser bastante común en los enterramientos contemporáneos de la zona).

³ Desde el borde del pozo.

⁴ El mal estado de conservación de los restos humanos, así como de sus pertenencias, hacen insegura la apreciación de su disposición original. Si han existido tales fardos, sus elementos constitutivos han sido totalmente destruidos por la acción del suelo y del clima, aunque podemos suponer su existencia por ser la forma de inhumación más común en el Mundo Andino, y corresponderse con la aparente posición fetal observada en los pocos restos conservados. Además, hay que citar la presencia en varios casos de huellas de cuerdas o nervios de cesto; así, en el Diario de Campo leemos: «El cráneo 9 está aplastado... al retirar la gran piedra del río... descubrimos la huella de cuerdas que se entrecruzan en torno a la zona craneal e incluso inmediatamente postcraneal, como si se hubiera atado el cadáver...» (Misión Arqueológica Española, 1974).

Características personales y adornos:

Cadáver núm. 1: Corresponde a un personaje femenino y adulto, de veinte a treinta años de edad⁵. Los adornos personales de este individuo consisten en diversos objetos de cobre, hueso y concha. Entre ellos se incluyen 18 aros de cobre de diferentes tamaños y un fragmento de aro del mismo material de 20 cm. de diámetro. De éstos, 14 forman parejas de igual diámetro (12 cm., 11 cm., 11 cm., 10,5 cm., 8,5 cm., 6,1 cm., y 4,6 cm.), las parejas de 6,1 y 4,6 cm., por su colocación a ambos lados de cabeza, parecen corresponder a un par de orejeras dobles, consistentes cada una en un aro de 6,1 cm. y 4,6 cm.; las otras cuatro parejas, más dos aros sueltos de diferentes diámetros (11,7 cm., 11,5 cm.), parecen formar parte de un collar colocado alrededor del cuello del difunto, pues fueron encontrados sobre la garganta y bajo la nuca (los menores en la parte trasera y los mayores en la frontal). De los otros dos aros de cobre (de 2,1 cm. y 6,5 cm. de diámetro) y del fragmento ya citado no sabemos la posición exacta.

Otra serie de adornos de cobre, asociados a este individuo, probablemente colocados sobre su vestimenta, son: dos grandes *tupus* (de 67 cm. y 68 cm. de longitud) con cabeza anular de sección plana (de 4,5 cm. de diámetro, aproximadamente), una lámina rectangular de cobre (de 6,5 por 6 cm.), un vástago irregular (de 4 cm. de longitud), cinco cascabeles (de 3 por 2,7 cm.), dos objetos cónicos (caperuzas de los cascabeles), una «piedra de sonaja», y siete discos perforados (uno de 4 cm. de diámetro, otro de 3,8 cm., otro de 3,5 cm. y cuatro de 2 cm.). Estos últimos estarían colocados sobre el rostro cosidos a un paño formando como una mascarilla, y los demás objetos en las regiones abdominal o pectoral. Los grandes *tupus* podrían servir para cerrar el fardo, con la cabeza hacia abajo y la punta hacia la nuca, doblada sobre el hombro.

Este individuo tenía además una gran cantidad de cuentas de collar de concha («chaquiras») blancas y algunas moradas, y tres fragmentos de agujas de hueso pulido. Las «chaquiras» se hallaban en gran parte semidescompuestas, pero se ha podido recobrar, en relativo buen estado, la cantidad correspondiente a un collar de 181 cm. de longitud; el diámetro de cada una de ellas oscila entre 0,5 cm. y 0,7 cm. Estos objetos de concha debieron formar un pectoral o collar y dos brazaletes de varias hileras. Los tres fragmentos de aguja parecen pertenecer a dos agujas diferentes de 0,4 y 0,3 cm. de diámetro, y longitudes desconocidas, pero comprendidas entre 8 y 10 cm. más o menos.

⁵ Tomamos los datos de sexo y edad del estudio realizado por el antropólogo físico doctor Tito VARELA (1977).

Cadáver núm. 2: Individuo femenino y adulto de unos 22 años de edad, que poseía dos aros de cobre (de 8,5 cm. de diámetro), los cuales formaban probablemente la orejera (doble) del lado izquierdo ⁶.

Cadáver núm. 3: Personaje femenino y adulto de edad desconocida, con un aro de cobre (de 6,9 cm. de diámetro), posiblemente en la oreja del lado izquierdo ⁶.

Cadáver núm. 4: Individuo adulto, de edad y sexo no identificados. Tenía tres aros de cobre engarzados (de 4,1 cm., 5,1 cm. y 3,8 cm. de diámetro) que parecen corresponder a una orejera triple ⁶. Además poseía un *tupu* de cobre (de 21,7 cm. de longitud) con cabeza anular de sección plana, probablemente un prendedor de ropa.

Cadáver núm. 5: Personaje adulto, de edad y sexo desconocidos.

Cadáver núm. 6: Individuo femenino y adulto, de edad desconocida.

Junto a estos dos últimos individuos se encontraron una serie de adornos, que en el momento de su excavación no pudieron ser adjudicados con seguridad a ninguno de ellos: un grupo de «chaquiras blancas y unas pocas moradas, de tamaño semejante a las del cadáver núm. 1, dos agujas de hueso de cabeza perforada (de 8,7 cm. y 8,5 cm. de longitud), cuatro aros de cobre (de 6 cm., 5,8 cm., 4,5 cm., y 3,5 cm. de diámetro). Las agujas probablemente servirían como alfileres para prenderse la ropa. Los aros de cobre parecen corresponder a dos orejeras dobles, probablemente perteneciendo una a cada uno de los individuos; pues, como parece bastante común en el lugar por la composición del terreno, se habría desintegrado el material de las que quedaron por debajo de los cráneos ⁶.

Cadáver núm. 7: Personaje femenino y adulto de edad desconocida, al cual se encontró asociado un disco de cobre perforado (de 4 cm. de diámetro), probablemente adorno cosido a la vestimenta.

Cadáver núm. 8: Individuo adulto, y probablemente masculino, de una edad algo superior a los treinta años.

Cadáver núm. 9: Personaje femenino y adulto, de edad comprendida entre los veinte y los treinta años. Asociados a estos dos últimos individuos se encontraron seis aros de cobre de diferente tamaño (una

⁶ En los restos humanos de algunas de las tumbas encontradas bajo el complejo habitacional llamado «La Condamine» (Cobo y Fresco, 1977) se aprecia una mancha verdosa en el occipital del lado que no conserva la orejera, marcando aparentemente el último grado de desintegración del cobre. El citado edificio es vecino, y probablemente contemporáneo, del de «Pilaloma», y la composición del terreno parece en ambos casos similar.

pareja de 8,6 cm. de diámetro, y otros aros de 5,5 cm., 4,8 cm., 3,2 cm. y 3,8 cm.). Parece que cuatro de los aros pertenecían al cráneo del cadáver núm. 9 y formaban una pareja de orejeras dobles, mientras que los otros dos serían las orejeras, o parte de ellas, del núm. 8.

Cadáver núm. 10: Individuo femenino y adulto, de edad desconocida. Sin asociaciones.

Cadáver núm. 11: Personaje femenino de edad avanzada, sin adornos.

Piezas de cerámica: ⁷

a) Dos compoteras grandes (Fig. 3a), con un diámetro máximo de 25,5 cm. y 29 cm. Su decoración es: en la superficie exterior hay una franja blanco-cremosa horizontal sobre la carena, y desde el borde a la base otras cuatro verticales y opuestas, el resto bañado en rojo; en el interior hay una ancha franja horizontal roja, y un gran círculo blanco-cremoso en el fondo. La pintura se halla pulida. La base se encuentra cubierta por un engobe crema.

b) Cuatro compoteras medianas (entre 20 y 22,5 cm. de diám. máx.) y una pequeña (diám. máx. 12 cm.) decoradas con pintura pulida en rojo y claro. Esta decoración se compone de bandas horizontales rojas y blanco-cremosas, en la superficie interior y en la parte superior de la exterior. El resto de esta última, incluyendo la base compotera, se encuentra cubierto por un engobe crema. (Fig. 3b).

c) Una compotera pequeña (15,5 cm. de diám. máx.) decorada con pintura pulida. La superficie exterior del cuenco se halla cubierta de pintura roja; en el interior vemos una cruz de pintura roja rodeada por tres sectores circulares de pintura blanco-cremosa. No se conserva la base. (Fig. 3c).

d) Un cuenco pequeño (de 9,2 cm. de diám. máx.) de boca algo cerrada, carena baja poco pronunciada, y fondo redondeado no muy profundo. Decoración a base de líneas de pintura blanca sobre baño de pintura roja en la superficie exterior, excepto la base. Las líneas se agrupan, de seis en seis más una hilera de puntos del mismo color, oblicuamente, formando «uves» invertidas desde el borde hasta más abajo de la carena. Una línea blanco-cremosa recorre ésta. Hay dos pares de mamelones opuestos sobre la superficie exterior del labio. La superficie interior, así como la parte baja de la exterior, se halla cubierta por un engobe crema alisado (Fig. 3d).

⁷ Esta lista corrige los datos incompletos presentados en un trabajo anterior (COBO y FRESCO, 1977).

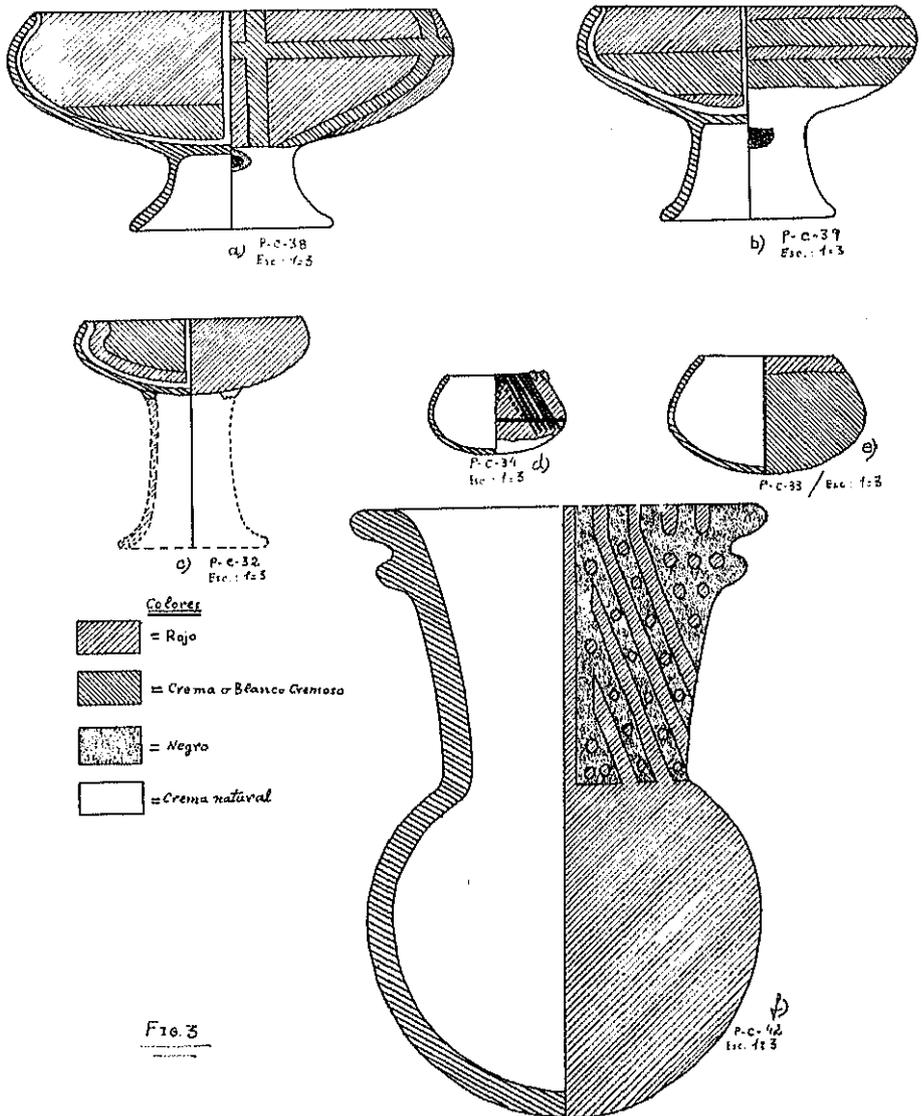


FIGURA 3.—Cerámica de la Tumba I. Altura de-a: 14 cm.

e) Otro cuenco pequeño, de boca algo cerrada y carena aún menos pronunciada, de 13 cm. de diám. máx. La superficie exterior se halla decorada por un baño blanco-cremoso y una banda roja bajo el borde, ambos pulidos. La superficie interior se encuentra cubierta por un engobe crema alisado. (Fig. 3e).

f) Cinco botellones grandes (38,5 cm., 40 cm., 41 cm., y 46,5 cm. de altura total) de cuerpo circular (de 21 cm., 23 cm., 25,5 cm., 26,7 cm., y 28,5 cm. de diámetro), cuello ancho y alto, y labios evertidos en boca abierta (de diámetro semejante al del cuerpo). La superficie exterior del cuello se halla decorada con pintura negativa negra sobre el mismo baño rojo que cubre también el cuerpo. Los diseños que cubren el cuello son geométricos y casi idénticos en todas las piezas. Existen dos mamelones (en un caso dos parejas) opuestos en la superficie exterior, inmediatamente debajo del labio. (Fig. 3f). El cuerpo es aplanado lateralmente.

DISCUSIÓN INTERPRETATIVA

La tumba que acabamos de describir parece pertenecer a una de las variantes más simples de la forma de enterramiento llamado «de tiro y cámara», cuya distribución y tipología estudia Long en su trabajo titulado «Formas y Distribución de Tumbas de Pozo y Cámara Lateral» (1967). Este autor encuentra que tal elemento cultural se extiende por toda el área nuclear de la América precolombina, desde México a la Argentina; pero su mayor abundancia y variabilidad se concentra en el occidente de México (Corona Núñez, 1953, y Furst, 1967), Centroamérica (Lothrop, 1950), Colombia (Bennett, 1946), Ecuador (Evans y Meggers, 1966, y Holm, 1962-63), y Norte del Perú (Diselhoff, 1971, y Mejía Xesspe, 1960). En su clasificación, nuestra tumba se incluiría dentro de la variante «a1» de su tipo I (Long, 1967, tabla 1) que «...incluye todas las tumbas con pozo con cámara lateral con bóveda en forma de cúpula...» (Long, 1967: 80). En el caso que estamos tratando, la cámara se reduce a un simple nicho de pequeñas dimensiones, debido quizás a dificultades técnicas causadas por la composición del terreno arcilloso y la gran humedad del lugar, que exigió la construcción de un pozo de un diámetro desproporcionadamente grande, e hizo poco práctica la excavación de una cámara de gran tamaño⁸. Esta forma de enterramientos se corresponde general-

⁸ La construcción de este tipo de tumbas con «cámara» lateral se halla íntimamente relacionada con las creencias acerca de la vida de ultratumba que tenían los indígenas americanos. Esto lo vemos explicado con bastante claridad por ARRIAGA (1968: 220) en el siglo XVI: «Están persuadidos que los cuerpos sienten, comen y beben y que están con mucha pena enterrados y apretados

mente a tumbas colectivas, ya sea con la inhumación de un personaje principal y sus acompañantes en el más allá (Long, 1967: 74)⁹, o como tumbas familiares reutilizadas para varios individuos sucesivamente (Corona Núñez, 1954: 47-48, y Holm, 1962-1963: 149). En esta ocasión parece que se trata de un enterramiento del primer tipo. A esta conclusión nos lleva el gran número de objetos suntuarios asociados al cadáver núm. 1, en comparación con las pocas pertenencias de los demás, y la aparente no reutilización de la tumba.

González Suárez, en su *Estudio Histórico sobre los Cañaris...* (1922), describe muy sumariamente varias tumbas colectivas (pp. 20 a 22) correspondientes a esta cultura que fueron descubiertas en las provincias de El Cañar y Azuay en la segunda mitad del siglo pasado. Nos dice: «En Chordeleg cada sepulcro... estaba dividido en dos departamentos: el uno, que era, sin duda, el principal, consistía en hoyo circular de bastantes metros de profundidad; el otro era una bóveda hecha en el suelo a un lado del hoyo. En esta bóveda se colocaban todos los tesoros del difunto y en medio de ellos, su cadáver, unas veces tendido de espaldas, y otras sentado en cuclillas; en el hoyo grande se enterraban los cadáveres de las mujeres y sirvientes del difunto... Estos cadáveres se encuentran coolcados... siempre en la dirección de los radios de un círculo, con la cabeza en la circunferencia y los pies al centro; cada uno lleva a la cabeza su tesoro propio, y los diversos círculos de muertos están separados entre sí por capas de piedra y barro...»

Nuestro enterramiento es semejante en sus características fundamentales a la descripción de González Suárez. Consta como aquél de un pozo (en este caso oval) y una cámara lateral en su fondo. Tenemos además un personaje de alto *status* en la cámara de la tumba, con su ajuar personal en las cercanías de la cabeza (aunque una parte de éste puede estar sobre el pecho); así como un grupo de acompañantes, colocados en semicírculo con los pies hacia el centro del pozo (estos también, cuando tienen ajuar está cerca de su cabeza). Vemos aquí igualmente que el relleno del pozo está dividido por varias capas de piedra a diversas alturas.

Se observan sin embargo pequeñas diferencias entre ambas tumbas; que se deben en nuestro caso, probablemente, a la pequeñez de la cámara. Por ejemplo, el personaje principal se encuentra localizado en el mismo semicírculo que sus acompañantes; y las piezas de cerámica, que forman parte del ajuar funerario, se hallan entre el relleno del pozo, junto a las paredes y cerca del fondo, y no en la cámara como en el caso de Chordeleg. Aunque ese enterramiento fue excavado

con la tierra, y con más descanso en sus machays... donde no están enterrados, sino en unas bovedillas y cuevas o casitas pequeñas...»

por «huaqueros» hace más de un siglo, y es muy probable que éstos no tuvieran en cuenta a los objetos que no fueran de metal precioso, y se haya perdido todo dato relativo a la localización del ajuar cerámico.

La característica más llamativa de nuestra tumba es el hecho de que el personaje principal sea de sexo femenino, mientras que en la mayor parte de los casos las referencias de cronistas y arqueólogos, con respecto a este tipo de tumbas, hablan de caciques y otros personajes principales de sexo masculino. Por ejemplo, el Padre Hernando Ytaliano (1965: 288), describiendo las costumbres funerarias de los indígenas «cañaris» de la región de Alausí, dice en 1582: «Haciendo en el centro de la tierra una bóveda, muy honda, en la cual enterraban un cacique, para que le hiciesen compañía, echaban muchos niños y indios y ovejas de la tierra, y le ponían muchos cántaros y ollas de chicha...»⁹.

Otro rasgo asociado a este enterramiento, que creemos es importante resaltar, es la presencia de un gran bloque de piedra o *huanca*¹⁰ que se hallaba colocada de pie al borde del círculo de piedras que señala la tumba. Esta piedra presenta un posible alisamiento intencional en ambas caras, y parece casi seguro que fue traída desde otro lugar hasta su actual localización con motivo de la inhumación. Adosada a la base de esta *huanca* por el lado correspondiente a la tumba, existe un bloque de piedra aproximadamente cúbico, con aspecto de altar o mesa de ofrendas, cuya cara superior presenta un marcado desgaste, con una concavidad en la parte media.

Desde nuestro punto de vista, es de gran interés la localización de tal enterramiento, y de la *huanca* a él asociada, más o menos en el centro del patio rectangular que constituye el núcleo del grupo de habitaciones llamado «Pilaloma». Creemos que existe una relación fundamental entre ambas construcciones: o el complejo arquitectónico fue construido en función de la tumba de un personaje de gran prestigio, o el prestigio de aquél era tal que provocó la elección de dicho lugar para la inhumación, además de exigir su señalamiento por medio de una *huanca* y una mesa de ofrendas.

⁹ Así dice el cronista CIEZA DE LEÓN (1962: 140), al referirse a los indios «puruahes» (en la actual provincia de Chimborazo, Ecuador): «A los señores, cuando se mueren, les hacen, ... una sepultura honda cuadrada, a donde le meten con sus armas y tesoros... guardan lo que generalmente todos los más naturales destas partes usan, que es echar en las sepulturas mujeres vivas de las más hermosas...» Ver también CIEZA DE LEÓN (1962: 112, 113, 135, 175, 185-187, etc.).

¹⁰ *Huanca* es una palabra «quichua» utilizada por los antiguos peruanos para referirse a un cierto tipo de *huaca* constituida por un gran bloque de piedra puesto de pie intencionadamente (quizá no siempre) en *chaclas*, a la entrada o en la plaza de un pueblo, sobre una tumba, etc... (ARRIAGA, 1968: 204, y HOLM, 1962-63: 132).

Nos parece importante resaltar que «Pilaloma» se halla localizado en las cercanías inmediatas de otros conjuntos arquitectónicos (y probablemente en íntima relación con ellos), entre los que destaca «El Castillo», ya citado. Este consta de una plataforma de roca natural ceñida por un muro de la mejor cantería incaica, que se halla en la cumbre de un promontorio rocoso inmediato al ocupado por «Pilaloma». Por las características naturales del terreno, y ciertas referencias etnohistóricas sospechamos que «El Castillo» puede haber sido una importante «*huaca* de origen» o *pacarina* (= *pacarisca*)¹¹ de la nación «cañari», o al menos la de una de sus parcialidades principales, los «hatuncañaris». Respecto a este pueblo, decía Fray Gaspar de Gallegos en 1582 (1965: 275): «Se llaman generalmente los *cañares*, porque tres leguas de aquí [Azogues] está un pueblo que se llama *Hatún Cañar*, que quiere decir en la lengua del *Inga* «la provincia grande de los *cañares*»; y allí dicen que en tiempo del *inga* Guaynacaba había grandes poblaciones de indios y que hallí era la principal cabeza destos *cañares*; y así parece, porque en el día de hoy hay grandes y muy sumptuosos edificios, y entrellos una torre muy fuerte...» Esta afirmación de Fray Gaspar parece describir el actual valle de El Cañar y las ruinas de Ingapirca; la «torre muy fuerte» parece ser sin duda «El Castillo».

La aparente contradicción entre el aspecto puramente incaico del último edificio citado, y el hecho de que pudiera ser una importante *huaca* de una población local de etnia no incaica, parece resolverse si tenemos en cuenta lo que afirma Alborno (Duviols, 1967: 17 y 20) a fines del siglo XVI. Este visitador de idolatrías recogió de sus informantes indígenas la noticia de que «...después que los *ingas*... conquistaron todas provincias que incluyen dende Chile a Pasto,... procuraba[n] saber las guacas, adoratorios que adoravan y el orden que tenían en el ofrescerle y sacrificarle y de las posesiones y servicios que tenían, y siempre dio orden que las sustentasen con el orden que de antes. Y a muchas guacas de las dichas ennoblecí con muchos servicios y haciendas...». «Hay entre estas guacas *pacariscas* muy muchas que reedificaron los *ingas*...»

Todo lo dicho hasta ahora nos conduce a un problema fundamental: ¿quién era el personaje principal de este enterramiento? Por un lado, no tenemos referencias etnohistóricas relativas a la zona, que hablen de caciques o altos personajes civiles o militares de sexo feme-

¹¹ Dice ALBORNOZ (DUVIOLS, 1967: 20) en el siglo XVI: «Hay, ...el principal género de guacas que antes que fuesen sugetos al *ynga* tenían, que llaman *pacarisca*, que quieren dezir creadoras de sus naturalezas. Son en diferentes formas y nombres, conforme a las provincias...» Y ARRIAGA (1968: 202): «A las *pacarinas*, que es de adonde ellos dicen que descienden, reverencian también... y todos, especialmente las cabezas de *Ayillos*, saben y nombran sus *pacarinas*...» Sobre este tema se puede consultar al mismo autor en la página 220.

nino; por otro, existen referencias esporádicas a sacerdotisas, o jóvenes dedicadas de por vida (no teniendo en cuenta en este caso a las *acllas* incaicas) al cuidado de una *huaca*. Respecto a ésto, Arriaga (1968: 207), en sus investigaciones sobre las «*idolatrías*» indígenas, dice que «en un pueblo de la provincia de Conchucos... se halló una muchacha de hasta catorce años, de rara hermosura, y que por ella habían sus padres y caciques dedicándola a una huaca... de piedra,... Por la mano de esta muchacha ofrecían sus sacrificios y lo tenían por gran suerte y en mucha estima que fuese por su mano, por parecerles que serían muy aceptos a sus huacas. Guardó virginidad, porque así se lo habían mandado los demás ministros que le dieron la investidura de sacerdotisa, desposándola con la huaca, teníanla los indios suma reverencia y la miraban como cosa superior y divina...»¹². En nuestro caso podría haber ocurrido algo semejante.

Además, sabemos que, en ciertos casos, las tumbas de personajes de gran prestigio se convertían con el tiempo en *huacas* de por sí, y hasta, en ocasiones, en los «antepasados míticos» del pueblo. Por ejemplo, en una carta enviada por el Licenciado Hernández Príncipe al visitador Arriaga (1968: 231) se informa de que «en medio de los edificios y fortaleza del pueblo antiguo [Yamor] de donde llevaron al visitador una huaca que estaba en la superficie de la tierra,... donde mandé cavar, y a un estado se halló un depósito a modo de bóveda; un halcón de piedra sobre una planchilla de plata,... tenía muchos sacrificios... Aquí cerca estaban cuatro cuerpos enteros y secos, con mucha plumería y vestidos ricos,... dicen que son hijos de esta huaca y progenitores de todos los de este ayllu, y así los adoraban y consultaban en todas sus necesidades...». Y más adelante (p. 267-68), el licenciado continúa «...en San Mateo de Huanchor,... descubrió aquí el visitador una Huaca llamada Huauchorvilca que era de piedra y muy grande, debajo de la cual estaba el cuerpo de un indio llamado Huanchor, con dos hijos suyos. Reverenciaban este indio porque decían era de quien procedía el pueblo...».

Apoyándonos en los datos presentados, creemos poder avanzar la hipótesis de que el personaje femenino enterrado en «Pilaloma» era una «sacerdotisa» dedicada probablemente a una *huaca* de gran importancia (¿la posible *pacarina* de «El Castillo»?). «Pilaloma» pudo ser su lugar de residencia, y luego convertirse en una especie de templo dedicado a su culto; es decir, al de una «*huaca secundaria*», como dice Arriaga (1968: 202): «... otras huacas hay móviles, que son las ordinarias... de ordinario son de piedra, y las más veces sin figura ninguna;... porque cada parcialidad o ayllu tiene su huaca principal, y otras menos principales algunas veces...». Tal culto esta-

¹² Véase también ARRIAGA (1968, en las pp. 207 y 266).

ría centrado en la *huanca* y mesa de ofrendas citadas, manteniendo el edificio quizás su utilización originaria como lugar de residencia de nuevas sacerdotisas.

Uniendo el hecho del culto a la tumba de la «sacerdotisa cañari» con las referencias de Hernández Príncipe (Arriaga, 1968: 231), podríamos hacernos la pregunta de si en algún momento dicha mujer llegaría a convertirse en una «antepasada mítica» o *mallqui* de su pueblo.

BIBLIOGRAFIA

- ALCINA FRANCH, José:
 1975 Excavaciones Arqueológicas en Ingapirca (Ecuador). *Mundo Hispánico*, 328: 47-51. Madrid.
- ARRIAGA, Pablo J. de:
 1968 Extirpación de la Idolatría del Perú. En *Crónicas Peruanas de Interés Indígena*, pp. 103-297. BAE, CCIX. Madrid.
- BENNETT, Wendell C.:
 1946 The Archaeology of Colombia. En *Handbook of South American Indians*, II (pp. 823-850). Washington.
- CIEZA DE LEÓN, Pedro:
 1962 *La Crónica del Perú* (1553). Col. Austral, 507. Espasa-Calpe, Madrid.
- COBO, Wania, y FRESCO, Antonio:
 1977 Primeras Consideraciones acerca de unas Tumbas de Ingapirca, Ecuador. En *Primer Congreso Español de Antropología*. Barcelona (en prensa).
- CORONA NÚÑEZ, J.:
 1954 Diferentes Tipos de Tumbas Prehispánicas en Nayarit. *Yan*, 3 (pp. 46-50). México.
- DISSELHOFF, Hans D.:
 1971 *Vicús, eine neu entdeckte Alteperuanische Kultur*. Monumenta Americana VII. Berlín.
- DUVIOLS, Pierre:
 1967 Un inédit de Cristóbal de Albornoz: La Instrucción para descubrir todas las Guacas del Pirú y sus camayos y haziendas. *Journal de la Société des Américanistes*, LVI-1: 7-39. París.
- EVANS, Clifford, y MEGGERS, Betty:
 1966 Mesoamérica y Ecuador. En *Handbook of Middle American Indians*, IV: 243-264. Austin, Texas.
- FURST, Peter T.:
 1967 Tumbas de Tiro y Cámara: un posible eslabón entre México Occidental y los Andes. *Revista ECO*, 26: 1-5. Guadalajara, Jalisco.
- GALLEGOS, Fray Gaspar de:
 1965 Sant Francisco de Pueleusi del Azogue (1582). En *Relación que enbio a mandar su Magestad se hiziese desta ciudad de Cuenca y de toda su provincia*, pp. 270-271. Relaciones Geográficas de Indias-Perú, II (pp. 265-290). BAE, CLXXXIV. Madrid.
- GONZÁLEZ SUÁREZ, Federico:
 1922 *Estudio Histórico sobre los Cañaris, Pobladores de la Antigua Provincia del Azuay*. Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca. Cuenca, Ecuador.

HOLM, Olaf:

1962-63 Cámara Funeraria Núm. 5: Bellavista, Ecuador. *Cuadernos de Historia y Arqueología*, 28-29 (pp. 129-157). Guayaquil.

LONG, Stan:

1967 Formas y Distribución de Tumbas de Pozo con Cámara Lateral. *Razón y Fábula*, 1 (pp. 73-87). Universidad de los Andes, Bogotá.

LOTHROP, S. W.:

1950 *Archaeology of Southern Veragua, Panamá*. Memoirs of the Peabody Museum, IX-3. Cambridge, Massachusetts.

MEJÍA XESSPE, Toribio:

1960 Algunos elementos de la civilización recuay-pasto en el extremo norte del litoral peruano. En *Antiguo Perú: Espacio y Tiempo*, pp. 205-217.

MISIÓN ARQUEOLÓGICA ESPAÑOLA:

1974 Diario de Campo, Campaña 1974 (Ms.).

TRÉSORS:

1974 ... *de l'Equateur: Art Précolombien et Colonial*. Musée d'Ethnographie. Ginebra.

VARELA, Tito:

1977 Restos óseos de las necrópolis precolombinas de Ingapirca y Atacames (Ecuador). En *Primer Congreso Español de Antropología*, Barcelona (en prensa).

YTALIANO, Hernando:

1965 Alausi (1582). En *Relación que envió a Mandar su Magestad se hiziese desta ciudad de Cuenca y de toda su Provincia*, pp. 287-289. Relaciones Geográficas de Indias-Perú, II (pp. 265-290). BAE, CLXXXIV, Madrid.

Universidad Complutense de Madrid.